

CORRESPONDENCIA

PREMIO CIUDAD DE MÁLAGA DE TEATRO

Roberto Osa

PERSONAJES:

CARLOS (Alrededor de 40 años)

TRABAJADOR/A (Edad y sexo indiferente)

MARTA (60 años aprox)

JUAN (65 años aprox)

EUGENIO (Más de 70)

Una sala de tanatorio con un féretro cerrado en el centro.

CARLOS, un hombre que ronda los cuarenta años, está sentado en una silla de ruedas junto al ataúd. Tiene un brazo en cabestrillo y una pierna escayolada. Con la mano buena acaricia la madera de la caja, la roza levemente con la punta de los dedos. Cada cierto tiempo, echa un vistazo a la pantalla de su teléfono móvil, que sujeta en la mano herida.

Cansado de esperar una hipotética llamada, CARLOS decide marcar un número en su teléfono y llevárselo a la oreja.

CARLOS — *(Al teléfono, apenas despertando de su letargo)* Tía, por fin, pensaba que no llevabas el teléfono encima. *(PAUSA)*. Ya la han traído. *(PAUSA)*. No, estoy solo. Bueno, con ella. *(PAUSA)*. ¿Vais a tardar mucho? *(Grita dirigiéndose afuera)* ¡¿Oiga, puede venir alguien?! *(Al teléfono, en tono normal)* La tienen tapada, no sé por qué, les he dicho que quiero que la gente la vea. *(Gritando hacia afuera)* ¡Oiga! *(De nuevo al teléfono)* Tía, tenéis que venir ya, os necesito aquí conmigo.

ENTRA un TRABAJADOR del tanatorio.

CARLOS — *(Al teléfono, casi suplicando)* Sí. Sí. Daros prisa, por favor.

TRABAJADOR — No hace falta que grite.

CARLOS — La tapa está cerrada.

TRABAJADOR — Ya lo veo. *(SILENCIO)*. ¿Quiere que la abra?

CARLOS — Se lo he dicho antes. A usted... O a su compañero.

TRABAJADOR — ¿Qué le ha dicho a mi compañero?

CARLOS — Que la quiero abierta, quiero ver la cara de mi madre.

TRABAJADOR — Muy bien. La abrimos ahora mismo.

CARLOS — ¿Y las flores?

TRABAJADOR — ¿Flores?

CARLOS — Me dijeron que ya estaban aquí. Los de la floristería.

TRABAJADOR — No ha llegado nada.

CARLOS — A lo mejor llegaron hace rato y las han puesto en otro velatorio por error.

TRABAJADOR — *(Sonríe)* No creo.

CARLOS — Le pido que lo compruebe. Son tres coronas, cuatro ramos y un centro. Compruébelo, pregúntele a su compañero.

TRABAJADOR — Si se queda más tranquilo, puedo ir a ver.

CARLOS — Hágame el favor.

TRABAJADOR — Quién sabe, a lo mejor tiene usted razón.

CARLOS hace un gesto extraño con la cabeza, que se queda a medio camino entre el asentimiento y la gratitud.

El TRABAJADOR hace ademán de salir.

CARLOS — (Seco) Y abran la tapa de la caja. (Suavizando el tono) Por favor. No se olvide.

El TRABAJADOR SALE.

CARLOS mira la pantalla de su móvil, después mira hacia el ataúd.

Vuelve a llamar por teléfono.

CARLOS — Tía, gracias por la silla, antes me olvidé de decírtelo, me está viniendo fenomenal. (PAUSA). No, aún no han llegado las flores. ¿Os queda mucho? No entiendo por qué tardáis tanto. ¿Mi padre viene con vosotros? (PAUSA). Mejor, así estamos todos juntos.

CARLOS cuelga y se guarda el teléfono en el bolsillo del pantalón.

ENTRA el TRABAJADOR con una muleta en la mano.

TRABAJADOR — ¿Es suya? Estaba tirada en la puerta de la calle.

CARLOS — Sí. ¿Qué hacía en la calle?

TRABAJADOR — Estaba en el suelo.

CARLOS — Es igual. Déjela por ahí.

El TRABAJADOR duda dónde ponerla. Finalmente la deja apoyada en el féretro.

TRABAJADOR — (*Mirando de arriba abajo a CARLOS*) Está usted como para salir corriendo.

CARLOS — Sí... un accidente.

TRABAJADOR — ¿En el trabajo?

CARLOS — No, qué va, soy cartero. No corro mucho peligro en mi trabajo, la verdad.

TRABAJADOR — El peligro lo lleva usted en las manos.

CARLOS — ¿Por qué dice eso?

TRABAJADOR — Yo por lo menos cuando llega el cartero a mi casa me echo a temblar: facturas, multas, invitaciones de boda... Nunca traen ustedes nada bueno.

CARLOS — También repartimos buenas noticias.

TRABAJADOR — Entiéndame, no quisiera yo matar al mensajero, menos con su... su... su...

CARLOS — Madre.

TRABAJADOR — Su madre aquí de cuerpo presente.

CARLOS — Déjelo, no se preocupe. (*SILENCIO*). Fue doméstico.

TRABAJADOR — ¿Doméstico?

CARLOS — (*Alzando levemente el brazo en cabestrillo*) Un accidente doméstico.

TRABAJADOR — Qué cosas más raras hacen ustedes en su casa.

CARLOS — ¿Ustedes?

TRABAJADOR — Ustedes, sí. Yo les hablo en plural a los clientes a veces. Manías que se cogen con el tiempo. (*SILENCIO*). ¿Quiere que pongamos libro de firmas?

CARLOS — ¿Libro de firmas?

TRABAJADOR — Para que la gente escriba condolencias, mensajes de despedida, frases en honor al difunto, cosas así. Gusta mucho luego de leerlas.

CARLOS — ¿A quién le gusta?

TRABAJADOR — A la familia, claro.

CARLOS — Mi madre no leía nunca.

TRABAJADOR — Es para la familia, no para el finado.

CARLOS — ¿Finado?

TRABAJADOR — Difunto, muerto... Como lo quiera usted llamar.

CARLOS — Creo que no me interesa.

TRABAJADOR — Sin libro de firmas entonces.

El TRABAJADOR hace ademán de irse.

CARLOS — ¡No! Póngalo. Por si acaso. Un poco de cariño no nos vendrá mal. Y míreme lo de las flores, haga el favor.

El TRABAJADOR SALE.

CARLOS se levanta de la silla e intenta ir hacia la muleta a la pata coja. Cuando va a cogerla, ésta se escurre y cae al suelo. Él intenta alcanzarla, pero acaba cayendo él también al suelo. Se arrastra dolorido, le cuesta ponerse de pie debido a su pierna y brazo inutilizados.

Mientras lo sigue intentando, ENTRAN JUAN, EUGENIO y MARTA.

Al ver a CARLOS en el suelo, MARTA y JUAN corren hacia él mientras EUGENIO solloza ajeno a lo que ocurre.

JUAN agarra a CARLOS y le ayuda a levantarse.

CARLOS — (A EUGENIO, en tono irónico) Usted tranquilo, padre.

MARTA — (A CARLOS) No podemos dejarte solo ni un momento, ¿qué estabas haciendo?

JUAN — La culpa es de tu tía. (A MARTA) Mira a tu sobrino, el otro día casi se mata por colocarte las macetas y hoy otra vez rodando por el suelo.

JUAN le da la muleta a CARLOS, que la usa para acercarse al ataúd. EUGENIO también se acerca.

EUGENIO — Mi Ruth...

JUAN — (Para sí, mientras mira a EUGENIO con gesto de reproche) Madre mía, lo que hay que oír.

MARTA — Mi pobre hermana...

JUAN — (Algo impaciente) Hace frío aquí, ¿no tenéis frío? Yo mucho, tengo mucho frío. Voy a decirles que quiten el aire acondicionado.

JUAN va a salir, pero se topa con el TRABAJADOR que ENTRA con un atril en el que hay colocado un libro bastante grande.

JUAN — Oiga, hace frío aquí. Mi mujer tiene frío.

MARTA — Yo no tengo frío.

JUAN — ¿Puede quitar el aire?

TRABAJADOR — Yo lo quito, pero luego van a tener calor.

Da un golpe en el suelo al dejar el atril. Todos se apartan del ataúd, como atraídos por el golpe.

JUAN — ¿Esto qué es?

El TRABAJADOR se va sin contestarle. JUAN se acerca al atril y echa un vistazo a la cubierta del libro.

JUAN — *(Lee)* «Condolencias». ¿Hay que poner algo aquí?

CARLOS — El que quiera.

JUAN coge el bolígrafo que cuelga del libro. Mira al vacío, luego al ataúd.

JUAN — *(Va diciendo en voz alta lo que escribe)* «Querida cuñada, te voy a echar mucho de menos...»

CARLOS — Es personal.

JUAN — ¿Cómo personal?

Sin que reparen en él, el TRABAJADOR ENTRA y se dirige hacia el féretro.

CARLOS — De cada uno. Es como si se lo dijeras solo a ella, no lo leas en voz alta.

JUAN — Ah. *(SILENCIO)*. Pero todo el que venga detrás a escribir puede leer lo que yo haya puesto.

MARTA — *(A CARLOS)* Déjalo, que haga lo que le dé la gana.

JUAN vuelve a escribir de la misma manera.

JUAN — «Siempre te recordaré como... como...»

EUGENIO — *(Mientras el TRABAJADOR está abriendo la tapa del féretro)* Aquí estás, Ruth.

CARLOS — Por fin.

Todos se agolpan para ver a la difunta.

SILENCIO.

MARTA — Qué guapa la han puesto.

EUGENIO — Un poco seria.

JUAN — Ella siempre ha sido seria.

CARLOS — No parece... No la veo... La veo rara.

JUAN — Lo que la ves es muerta.

MARTA — Yo la veo preciosa. Un poco seria a lo mejor,
pero preciosa.

CARLOS — La boca la tiene... No sé...

JUAN — Bien cerradita.

TRABAJADOR — Le hemos puesto un poco de pegamento en
los labios para evitar evacuación de flujos durante
el duelo.

MARTA — ¿Pegamento ha dicho?

TRABAJADOR — Sí, señora. Pegamento.

JUAN — Y del fuerte ha debido de ser.

CARLOS — Tío Juan, por favor, ahora no...

JUAN — ¿Os acordáis de aquel día que se cagó en la madre
de aquel guardia civil yendo a Ruidera? Cuando nos
querían denunciar por ir siete en el Renault Cinco.
¿Te acuerdas, Carlos?

CARLOS — Me acuerdo de la foto en las lagunas, pero lo
del guardia civil... (A MARTA) ¿Es verdad eso?

TRABAJADOR — Les dejo con la charleta, que yo tengo cosas que hacer.

El TRABAJADOR SALE.

JUAN — No te acuerdas, eras muy pequeño.

MARTA — Ay, mi hermana... (A **JUAN**) Gracias a ella no nos denunciaron.

JUAN — Menudo pico tenía, a mí me daba miedo algunas veces.

JUAN vuelve al atril.

MARTA — ¿Miedo? ¿Miedo por qué?

JUAN — Yo qué sé... Miedo. (*Mientras escribe*) Era muy impetuosa, te miraba con esos ojos, que parecía que se le iban a salir de las órbitas, y esa boca, esa boca que abría cuando hablaba, que parecía que te iba a tragar entero.

EUGENIO — También sabía callar.

JUAN y EUGENIO se miran. CARLOS no comprende.

JUAN — (*Irónico*) Lo que tú digas.

SILENCIO.

CARLOS — La voy a echar tanto de menos.

EUGENIO comienza a deambular por la sala, como buscando algo.

CARLOS — Estos últimos días ha estado especialmente amable conmigo, aunque se comportaba de una forma un tanto rara en ella. De vez en cuando decía cosas que yo no terminaba de entender, pero al menos estaba más cariñosa que de costumbre, que ya es mucho decir para alguien como ella.

MARTA — Ha sido una gran mujer. Y... una gran madre, puedes estar bien orgulloso.

EUGENIO — ¿Y las flores?

CARLOS — Ya se lo he dicho cuatro veces a esta gente, he llamado a la floristería y me dicen que deben de estar llegando.

EUGENIO — A lo mejor las han mandado a casa.

CARLOS — Voy a poner una reclamación.

JUAN — *(Sigue escribiendo)* Estarán a punto de llegar.

MARTA — Para cobrarlas no han tardado tanto.

CARLOS — Dos reclamaciones, una al tanatorio y otra a la floristería.

JUAN — Vaya gana de gastar papel tontamente. Para eso mejor escríbele algo a tu madre en el libro éste, que igual te responde antes.

MARTA camina hacia un extremo de la sala, estira el cuello como si intentase escuchar algo lejano.

EUGENIO — Llama a casa, a ver si las han dejado allí.

CARLOS — Padre, en casa no hay nadie.

EUGENIO — *(Tras un par de segundos de vacilación)* Es verdad.

MARTA — Se escucha jaleo.

CARLOS — *(Algo apesadumbrado)* Ya viene la gente.

JUAN — *(Ya sin escribir, pero con el bolígrafo en la mano)* Que empiece el paripé.

EUGENIO — Teníamos que haberla velado en casa. Ella quería el duelo en nuestra casa, me lo dijo muchas veces. *(Señalando a CARLOS)* A ti también te lo dijo... Te lo dijo... ¿Cuándo fue? Te lo dijo delante de mí. Creo.

CARLOS — Aquí está mucho mejor.

EUGENIO — ¿Mejor para quién?

CARLOS — *(Autoritario)* Mejor y punto.

EUGENIO — Si me hubiera encargado yo, las cosas serían...

CARLOS — *(Le corta. Su nivel de enfado aumenta según habla)* Usted se calla padre. Déjenos a los demás ocuparnos de estas cosas y haga el favor de sentarse ahí en esa silla y darse un punto en la boca.

MARTA — ¡Callad de una vez los dos! Van a entrar ya.

Todo se oscurece menos el ataúd y el atril, que quedan levemente iluminados.